

3 214557

Recuerdo que se da
RASGOS BIOGRAFICOS *El día*

DE

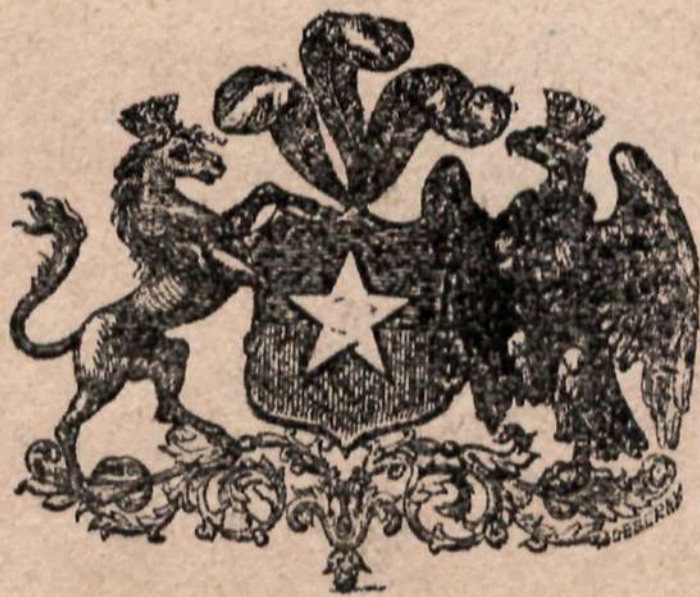
MANUEL RODRIGUEZ

PUBLICADOS EL DIA DE SU NATALICIO

FEBRERO 25 DE 1886

POR

AMBROSIO VALDÉS C.



SANTIAGO.

IMPRESA DE RAMON VARELA, ADMINISTRADA POR MANUEL INFANTE,

Teatinos, núm. 39.

1886.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DE

MANUEL RODRIGUEZ.

I.

Manuel Rodriguez, el popular i simpático tribuno-soldado, que consagró su corta vida toda entera al engrandecimiento e independenciamiento de la patria; el feliz i audaz montonero de 1816, que preparó el triunfo de Chacabuco; el héroe, que salvó los destinos de la república en Maipo; la víctima, en fin, de Tiltil, nació en Santiago el 25 de febrero de 1785 (1).

Fueron sus padres don Carlos Rodriguez i doña Loreto Herdoyza, naturales de Arequipa (Perú).

Don Carlos se hallaba radicado en Santiago por ser oficial mayor de la Aduana, que estaba en aquel entónces establecida en el local i edificio que hoi ocupan los Tribunales de Justicia.

Esta medida se habia tomado, por haber sido el puerto de Valparaiso va-

(1) Como todos los historiadores están en el error de creer que Rodriguez nació en 1786, i el vulgo ha creído que es natural de Colchagua, me veo obligado a insertar su fé de bautismo, que es como sigue:—«El presbítero Carlos Másner que suscribe, Cura Rector de la Parroquia del Sagrario de la Catedral de Santiago de Chile: Certifica que a fs. 62 del libro N.º 26 de Bautismos, que principia en Julio 1.º de 1782 i termina en Setiembre 9 de 1789, se encuentra una partida que copiada a la letra es como sigue:—«En la ciudad de Santiago de Chile en veinte i cinco de Febrero de 1785, el Sr. Dr. Dn. Joaquin Gaete, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Cathedral con nuestra venia i licencia, en ella misma, bautizó, puso Oleo i Chrisma a *Manuel Javier* del propio dia, hijo lejítimo de D. Carlos Rodriguez i de Doña Loreto Herdoyza P. P. Don Ignacio Irigaray y Doña Juana Aldunate. I, para que conste lo firmo.—*Dr. Nicolas Moran*.—Hai una rúbrica.—Concuerta con el orijinal citado, i para que conste doi el presente a peticion de parte i para los fines que conviniere, en esta Parroquia del Sagrario de la Catedral de Santiago, a dos dias del mes de febrero de mil ochocientos ochenta i seis años.—*Carlos Másner*, Cura Rector, Interino.

rias veces víctima de la rapacidad de los corsarios, cuyos atrevidos golpes de mano fueron tan frecuentes en tiempo de la colonia.

Se educó Manuel Rodríguez, en el colejio de nobles de San Carlos, situado en el local que hoi ocupa el edificio del Congreso.

Fué condiscípulo con don José Miguel de Carrera, siendo de notar, que Carrera era el primero en sus clases i Rodríguez el segundo, que Carrera era el caporal de todas las diabluras que se hacian en dicho colejio i Rodríguez su ayudante. Siempre se encontraba Rodríguez al lado de Carrera en los bandos que se formaban en el colejio i fuera de él, los que por lo jeneral, terminaban con verdaderas batallas a pedradas, que empezaban en el establecimiento i terminaban en la caja del rio o en el cerro de Santa Lucía.

Así como se educaron juntos, tambien juntos empezaron su vida pública, ocupando siempre Rodríguez el mismo lugar respecto de Carrera, i esa union i simpatías que se profesaron desde niños las conservaron hasta su muerte.

Ambos, grandes patriotas e igualmente desgraciados, fueron inmolados por igual causa i por las mismas personas.

Desde la cuna al patíbulo el uno, desde la cuna al traidor puñal del asesino el otro, ámbos fueron grandes en talento, en valor, en carácter, en patriotismo i en desgracia.

Su vida fué llena de grandes obras i llena de grandes alternativas; tan pronto ocupaba un lugar en el gobierno como un calabozo de la cárcel; pero, en la felicidad como en la desgracia fué siempre impertérrito, siempre patriota, siempre chileno i digno de la patria que lo vió nacer, i que tuvo la dicha de contarle entre sus hijos.

Dotado de una fisonomía agradable, franca i simpática, de ojos vivos i penetrantes, de una viveza sin igual, i de una elocuencia poco comun, tenia el don de facinar a las personas i atraerlas.

Valiente, audáz, osado, firme de carácter e impetuoso, nació Manuel Rodríguez para vivir en medio de las borrascas de la política o de los azares de la guerra: el peligro era su elemento.

II.

Don Manuel Rodríguez terminó sus estudios i se recibió de abogado en 1809 — profesion que no ejerció sino mui corto tiempo, pues en 1812 era capitán de ejército i en ese mismo año secretario de la junta gubernativa presidida por Carrera.

Separado del gobierno, volvió a ejercer su profesion de abogado hasta la revolucion del 23 de julio de 1814 en que fué uno de los que mas contribuyó a ella para elevar nuevamente al poder al jeneral Carrera, desempeñando nuevamente su empleo de secretario.

Emigrado a Mendoza despues de la batalla de Rancagua, cuando destruido el ejército chileno al mando de Carrera éste se hallaba desterrado en Buenos Aires, Rodriguez quedó aislado i vijilado mui de cerca por San Martin i O'Higgins, que lo odiaban por su reconocida afeccion por Carrera.

III.

Aquí es donde empieza el importante rol de Rodriguez.

Sin recursos, no podía seguir a Carrera a Buenos Aires, ni su carácter, por otra parte, se avenia a estar en la ociosidad. Mucho meditó el plan de conducta que debia seguir. Ejercer su profesion de abogado, le habria dado con que vivir, pero su patriotismo le impedía ocuparse de solo su persona. Quería a toda costa servir a la patria i librarla de sus enemigos, para ello le bastaba enrolarse en el ejército restaurador; pero, un ejército que llevaba jefes extranjeros, en que los chilenos iban a ser mandados por arjentinos, en que hasta el pabellon que los guiara al campo de batalla, no seria ya el tricolor, no podia el civismo de Rodriguez soportarlo. Por otra parte, no servir a la Patria tomando pié de esas consideraciones, le parecia poco digno; esto, lo hizo resolverse a tomar un partido que le permitía servirle como ninguno, salvando al mismo tiempo sus escrúpulos.—Trabajaria solo, por su cuenta i riesgo, sin alistarse en el ejército i sin plegarse a ningun partido.

Esta resolucion hizo de Rodriguez un héroe, hizo inmortal su nombre, veneranda su memoria, pero tambien cavó la fosa en que lo sepultáran los celos, la envidia i el temor de almas mezquinas, en quienes mas podia su engrandecimiento propio, que el de la Patria a que hipócritamente servian.

Un dia se presenta a San Martin i le espone su pensamiento de pasar a Chile con el objeto de tenerlo al corriente de lo que allí sucediera, para que de ese modo preparase con mas acierto la espedicion libertadora; teniéndolo en continúa comunicacion con los patriotas; sublevando las masas contra el dominio español al mismo tiempo que organizaba secretamente un ejército que estuviese listo para el momento necesario; levantando montoneras, que a la vez que molestasen al gobierno español, le obligaran a dividir sus fuerzas. Esto despertaría el espíritu patriótico de los habitantes, un tanto adormecido por el rigor de la mas espantosa tiranía.

Los patriotas, contando con el auxilio de las montoneras, despreciarian las persecuciones, los tormentos, i se lanzarian a una descubierta rebelion.

San Martin, aceptó en el acto la oferta de Rodriguez, persuadido de que era el hombre a propósito para poner en práctica esa idea i llevarla a cabo con feliz éxito, a pesar de los grandes riesgos que tendria que correr, de su delicada salud i de la rigorosa vijilancia ejercida por los españoles.

Rodriguez tenia que lanzarse a un país, donde era mui conocido, gober-

nado por la lei marcial i la tiranía mas terrible; cada pueblo, cada villorio estaba al mando de un jefe militar que tenia un piquete de tropas a sus órdenes, donde todo castigo que se aplicaba por las mas pequeñas faltas era el azote o la horca; en un pais en que el espionaje estaba verdaderamente organizado i los delatores réjiamente pagados, en que, en cada pueblo habia una junta llamada de vijilancia, la que espedia pasaportes para los que deseaban salir fuera del pueblo aunque fuese a las inmediaciones, en que a los naturales del pais les era prohibido salir de sus casas en la noche, en fin, donde se ejercía la mas terrible presion i la mas estricta vijilancia.

No por esto se arredró Rodriguez, por el contrario, se lanzó a Chile con el alma henchida de placer i de esperanzas, i con confianza en la justicia de su causa.

Desde Valparaiso al Bio-Bio no hubo pueblo grande ni pequeño donde no estuviese Rodriguez, donde no repartiese proclamas revolucionarias, donde no promoviese la insurreccion, donde no repartiese armas i municiones, donde no estuviese con los jefes de las guarniciones, viviese en medio de ellos, i aun les ayudase él mismo a perseguir a Manuel Rodriguez.

Recorrió, no solo los campos, ciudades i aldeas, dejando en todas partes señales de su paso, sino que frecuentó el palacio, las cárceles, las casas de los españoles, los cuarteles i conventos, al mismo tiempo que el pobre rancho del inquilino i la choza del pescador.

No hubo nada que escapase a la audacia de Rodriguez, ni nada de que no tuviese al corriente a San Martin i a los patriotas.

Varias veces volvió a Mendoza a conferenciar con San Martin, regresando a Chile a sus escursiones para preparar la invasion; i todo esto, en medio de la persecucion mas activa, en que Marcó del Pont puso la mayor parte de su ejército en movimiento para darle caza, en que puso precio a su cabeza, imponiendo al mismo tiempo la pena de muerte al que lo albergase o no diese parte de su paradero.

Cuando mas seguro se estaba de capturarlo, resultaba estar Rodriguez mas léjos; se le perseguia en Aconcagua, estaba en Curicó; se le perseguia en Chillan, estaba en Valparaiso, i de esta manera tenia exasperado no solo al gobierno, sino a todos los jefes i soldados empleados en su persecucion.

Un hombre tan astuto i atrevido como Rodriguez, no pudo ménos que captarse las simpatías del público, principalmente de los campesinos, al extremo de ser su ídolo i dejarse matar por él.

Las historias que se contaban de Rodriguez, las jugarretas que hacia a los españoles, eran sumamente celebradas i le daban mayor popularidad.

Por último, satisfecho ya de su ascendiente, i aproximándose la época de la invasion, era preciso dividir las fuerzas españolas para que no pudiesen contener al invasor.

Formó montoneras de guasos listos, valientes, esforzados, elejidos por él personalmente, i les dió jefes del mismo temple.

Los montoneros no tenían distintivo alguno, se juntaban en día convenido en un punto dado i de ahí se encaminaban sobre algun pueblo en el que daban un golpe de mano, saqueaban el estanco i casa de gobierno; acto continuo se dispersaban i por diversas sendas o caminos se iban a reunir a 30 o 40 leguas de distancia, para en un día fijo, asaltar nuevamente, ya una ciudad ya una aldea ya la hacienda de un realista, dispersándose nuevamente.

Una de sus montoneras daba un asalto en el norte bajo su nombre, se dispersaba en seguida, mientras tanto él a los 4 o 6 días después se dejaba caer en otro pueblo a 50 o 60 leguas de distancia, haciendo creer que era el mismo que había dado el asalto anterior. De esta manera enloquecía a sus perseguidores con gran contentamiento del pueblo; mientras tanto, Marcó, ponía tontamente cerca de 3000 hombres en su persecución, que, por esta causa, no pudieron asistir a la batalla de Chacabuco, dando de este modo Rodríguez el triunfo a las armas de la Patria.

Este es el mérito de Rodríguez, haber él solo, por su medio, logrado dar la victoria a los chilenos en Chacabuco.

¡Cuánto mérito encierra la obra de Rodríguez!

IV.

El descrédito i desprestijio de las fuerzas españolas empleadas exclusivamente en perseguir a un solo hombre que siempre los burlaba, alentaba a los guasos. Las proezas de Rodríguez no solo les daba bríos, sino que despreciaban a los españoles i les hacían todo el mal posible.

El odio profundo que la tiranía había causado en las masas, se desbordó, i ya no hubo castigo que las contuviese. Cada hombre, cada niño, cada mujer era un enemigo declarado de los españoles, a los cuales les causaban cuanto mal podían. Ya no le era posible a un español separarse de su casa, alejarse de un pueblo, su vida duraba tanto cuanto se demoraba en encontrar un guaso en su camino. De este modo, los opresores, tenían en cada habitante un enemigo temible, i estaban con su gran ejército más espuestos a perder la vida que los indefensos i al parecer pacíficos campesinos que los asechaban, i no perdían la oportunidad de hacerles una mala jugada.

Cuando el número de españoles era mayor que el de los chilenos que encontraban en su camino, tampoco estaban libres. Los guasos habían encontrado el medio de suplir con ventaja tanto al número como a las armas de que ellos carecían.

El lazo i el caballo a los que se añadía la ronda i el puñal, eran sus ventajosas armas.

Si un par de *huasos* con su fingida indolencia i al parecer indiferentes, encontraba en su camino a varios españoles, juntábanse i luego se abrian con su lazo atado a uno i otro caballo i con una velocidad estremada tomaban en medio a los españoles que necesariamente tenian que caer, entón-ces, el puñal terminaba tan sencilla operacion.

Cuando el encuentro era de un español i de un campesino, la operacion se simplificaba, éste sacaba su lazo, lo echaba al cuerpo del español i corria con él *a la rastra* en una extension de dos o mas cuadras.

Los campesinos, con esta táctica singular de combate, hicieron numero-
sas víctimas i exasperaban a los españoles, pues no solo eran los montone-
ros a los que tenian que perseguir i de quienes tenian que recelar, sino que
de todo campesino, en una palabra, de todo chileno.

El campesino mas sumiso, que parecía mas adicto, o que se acercaba a un español con el sombrero en la mano dándole el título de *amo*, cuando se le presentaba la oportunidad no la dejaba pasar sin aprovecharla.

V.

Esta fué la obra de Rodriguez, ella se redujo no solo a dirigir sus montone-
ras i dar contínuos asaltos a las partidas armadas, a los pueblos i a las ha-
ciendas de los realistas, sino tambien a sublevar a todos los campesinos i a
tener en cada uno de ellos un soldado encubierto que jamás daba cuartel.

Muchas veces fueron estos infelices sorprendidos por los españoles, azota-
dos i ahorcados en seguida, pero siempre serenos, tranquilos i resignados, su-
frian el martirio sin revelar jamás, nada de lo que de ellos se queria obtener.

Muchos de los montoneros mismos fueron capturados, sin que jamás, el
tormento i luego despues la muerte, los hiciese dar el menor informe i mé-
nos descubrir a su jefe o su paradero. Ellos, todo lo sufrían sin traicionarlo
jamás. De este modo, fué cómo Rodriguez pudo escapar a la persecucion de
los realistas, con soldados tan fieles, con un ejército invisible disfrazado con
el poncho i la montura del guaso; i es así como se comprende, que Rodri-
guez hiciera tanto mal a los realistas, con sus montoneras, como el ejército
patriota en las batallas campales de Chacabuco i de Maipo.

¿Cuántas veces el montonero, encubierto bajo el poncho del campesino,
con ese aire indiferente i muchas veces estúpido, era obligado por los españo-
les a servirles de guia para que los condujese a tal o cual punto donde supo-
nian a Rodriguez oculto o acampado con su montonera? El los guiaba su-
miso, pero jamás llegaba al término de su viaje, porque en el camino, en el
paso de un rio, o en el alojamiento, les hacia una jugada; ya les robaba los
caballos, ya les incendiaba las municiones, o los precipitaba en las corrento-
sas aguas de un canal o de un rio, escapando en seguida, o pagando con su
vida su temeridad.

Se cuentan tantas hazañas de estos infelices por los viejos campesinos de Colchagua, donde Rodríguez i sus montoneras hicieron mayores correrías, que sería imposible acabar de relatarlas.

Igualmente las anécdotas que se cuentan de Rodríguez, las escapadas que hizo de manos de los mismos españoles, las burlas, su sangre fría para salir airoso del lance mas apurado, son imponderables.

En uno de sus viajes a Mendoza, se encontró con una partida realista que lo perseguía. Rodríguez con su barreta, su combo i un traje de minero, indicó a la partida el rumbo que debía seguir para llegar al punto que ellos deseaban, dándole falsas señas de su propio paradero, i en seguida se retiró sin que sus perseguidores sospecharan haberlo tenido en sus manos.

En la Palmilla, en unas misiones dadas en la iglesia del lugar, i estando acampadas en las casas del cura, que era un buen patriota, una partida realista que perseguía al audaz montonero, Rodríguez púsose el hábito franciscano de uno de los misioneros i confesó gran cantidad de jente. El mayor número de penitentes fueron hacendados del lugar, afectos a los montoneros.

En el convento de la Merced en Chimbarongo, allanado por las fuerzas realistas que buscaban a Rodríguez, que se suponía escondido allí, un venerable i anciano fraile condujo a la partida, con la capucha puesta i la vela en una mano, por todas las celdas i lugares del convento. Este venerable sacerdote era Rodríguez; sin embargo, los soldados se retiraron convencidos de que Rodríguez debía estar mui léjos del convento.

En el Olivar, despues de una escaramuza con una partida realista, era Rodríguez perseguido mui de cerca, tenía que caer prisionero. No tenía escape; estaba cercado por todas partes. Viéndose en este trance, abandona su caballo i llega a casa del celador del lugar que estaba iniciado en la buena causa: no tiene tiempo mas que para decirle: me persiguen, i viendo el cepo se coloca él mismo en él, como único refugio. Llegan sus perseguidores; lo buscan por las arboledas, por los últimos rincones de la casa i no lo encuentran. Al retirarse el jefe de la partida pregunta la causa de la prision del individuo que estaba en el cepo; le contesta el celador que por haber dado de golpes a una dueño de casa donde estaba divirtiéndose. El reo se disculpa i el jefe contesta: ¡Cuestion de amoríos! No merece prision: el cepo se ha hecho para los bandidos i perros insurjentes. Rodríguez fué puesto en libertad de órden de sus perseguidores, i esa misma noche al amanecer, se dejaba caer con su jente sobre la partida que lo perseguía, la que sorprendida en el primer sueño, es toda pasada a cuchillo.

Las escapadas de Rodríguez, tirándose por un precipicio a un rio, tras de una tapia, en un canal o sobre el techo de una casa, son numerosas.

Sabia desorientar de tal manera a los realistas por medio de avisos falsos, por cartas que mañosamente hacia interceptar por sus perseguidores, que cuando éstos lo buscaban en un lugar, el daba un asalto a treinta o mas leguas de distancia.

Las jentes sencillas, i aun los mismos soldados que lo perseguian, lo tenian por duende, unos aseguraban que tenia pacto con el Diablo, otros que poseia un anillo que tenia la virtud de hacerlo invisible, i los mas por un sér sobrenatural, sobre el que sólo Dios tenia poder, i para el que de nada servian todos los ejércitos del mundo.

El prestigio de Rodriguez cada dia era mayor, como mayor el desprestijio de sus perseguidores.

No solo en los campos i pueblos de provincia estaba Rodriguez, él entraba a Santiago con frecuencia i con su pasaporte en toda regla, ya de arriero, ya de mozo de algun hacendado, ya de limosnero, nunca le faltaba medio.

En la capital visitaba a todos sus amigos i se ponía al corriente de todo. Entraba a la cárcel disfrazado de criado llevando la portavianda a algun amigo que queria ver. Asistia a los bailes i tertulias de palacio, a los cafés mas frecuentados por los oficiales del ejército i entre sus conversaciones a cada momento oia su nombre mezclado con mil palabras groseras i amenazas de muerte. Frecuentaba las tertulias de tono en las que jeneralmente jugaba malilla con tanta sangre fria, como temor tenian sus amigos de que fuese descubierto. Aun se cuenta que disfrazado de lacayo abrió la puerta del coche de Marcó del Pont i que en un baile dado por el jefe militar de Colchagua, bebió ponche con él.

De esta manera, Rodriguez estaba al cabo de todo i obraba con mayor acierto.

VI.

Aumentó el número de sus montoneras i golpes de audacia, i tanto empeño tomó Marcó en capturarlo que, como hemos dicho, dedicó cerca de 3,000 hombres a perseguirlo, los que diseminados por todo el pais no pudieron asistir a la batalla de Chacabuco, lo cual dió la victoria al ejército de la Patria.

Es tan efectiva esta afirmacion, que basta para confirmar, conocer la calidad i número de ámbos ejércitos.

El ejército español ascendia a mas de 5,000 hombres, un tercio de él españoles, el resto era compuesto de chilenos, todos aguerridos i disciplinados; el ejército de la Patria ascendia a poco mas de 3,000 hombres, de los cuales un tercio era de arjentinos esclavos i negros, los que jamás pueden pelear con el ardor i heroismo del hombre libre.

Dada la calidad i número de ámbos ejércitos, ¿es posible que hubiesen triunfado los patriotas, si Rodriguez no hubiera contribuido a la division de las fuerzas e impedido con esto que asistieran íntegras al combate, máxime cuando los patriotas cansados i maltratados con el viaje por la cordillera, hubieran venido que combatir con fuerzas superiores i sin fatiga alguna?

Debemos, pues, ser justos.—A Rodriguez se debe tanto o mas que al valor i decision de San Martin i O'Higgins. Las glorias alcanzadas para la Patria en la memorable jornada de Chacabuco se deben en gran parte a Rodriguez, sin que por esto, queramos amenguar los méritos de esos héroes.

VII.

Despues de la batalla de Chacabuco, el audaz i popular montonero, léjos de entregarse al sosiego i al descanso, despues de dos años de continuas fatigas, i en vez de apresurarse a recojer los laureles con que debia ser coronado por su jigantezca obra i continuadas victorias, reunió sus montoneras, acosó con ellas al enemigo, i siguió al sur en su persecusion sin darse un momento de descanso.

De vuelta ya de su espedicion, en Curicó fué arrestado de orden de San Martin i O'Higgins i conducido preso a Santiago.

¿Cuál fué la causa porque se ultrajó de este modo a tan esclarecido patriota, a quien le debia la patria, nada ménos que su libertad? Jamás se supo con fijeza cual habia sido el pretesto elejido.

San Martin i O'Higgins, celosos de la gran popularidad de Rodriguez, i temerosos de su ascendiente sobre el pueblo del que hacia lo que el queria, i al mismo tiempo convencidos de que Rodriguez por sus cualidades llegaria a ser, no solo jefe de un poderoso partido, sino tambien jefe de la nacion que ellos solos querian gobernar a su antojo i conforme a sus planes, decidieron atajarlo en su camino, quitarle su prestigio i hacerlo salir del pais.

Este fué el premio que esos tiranos, esos mandones, reservaron al mas eminente i desinteresado patriota, digno del respeto i veneracion del pais i acreedor, como ninguno, al premio i honores que debió otorgarle el gobierno, si ese gobierno hubiese sido justiciero, patriótico i desinteresado; pero nó, no hai virtud, no hai justicia, donde solo hai egoismo, ambicion i deseos de un poder absoluto.

San Martin i O'Higgins, no podian soportar la superioridad de nadie, ni podian soportar que se elevasen hombres dignos, que alguna vez pudiesen suplantarlos en el poder por el voto libre del pueblo, a quien negaban todo derecho de injerirse en la cosa pública. Tan efectivo es esto que jamás consintieron en la reunion de un Congreso, constituyéndose O'Higgins en Dictador, hasta que el pueblo chileno entero, desde Chiloé a Atacama, se sublevó como un solo hombre para derrocarlo.

Una vez en Santiago, el audaz montonero i a disposicion de O'Higgins, se le dijo que razones de Estado exijian su separacion del pais, por lo que se le proponia aceptase el cargo de ajente diplomático, con que se estaba dispuesto a mandarlo a Estados Unidos.

Rodriguez aceptó la mision que se le confiaba, no con el ánimo de efectuar el viaje, sino con el objeto de darse tiempo a fugar.

Fué trasladado a Valparaiso con una fuerte custodia i encerrado en el castillo de San José mientras habia buque que lo condujese a su destino.

Esta arbitrariedad sin nombre, da una idea del carácter de O'Higgins i de las disposiciones en que estaba para gobernar un pueblo que trabajaba por su libertad, i que tenia derecho a ser libre.

La tiranía se implantaba en Chile, como forma de gobierno.

Rodriguez, que habia sabido burlarse de los españoles, supo tambien hacerlo de O'Higgins, escapándose el 5 de Abril, de la prision, permaneciendo oculto hasta que un dia se presentó a San Martin i exijió de éste una declaracion sobre la causa de su persecucion, que si era criminal se le castigase, si no lo era, se le diese la libertad a que tenia derecho el último de los chilenos, aun aquellos que nada habian hecho por la Patria, i aun aquellos que eran decididamente afectos al rei, los cuales gozaban de una libertad que a él se le negaba.

San Martin que apreciaba los méritos de Rodriguez i que sabia mejor que nadie la injusticia de la persecucion, sirvió de intermediario entre Rodriguez i O'Higgins i a su influencia se debió quedase en libertad, pero vijilado muy de cerca por ser decidido partidario de Carrera, i porque con franqueza espresaba sus ideas i opiniones i vituperaba lo que le parecia mal.

Se queria en esa época restringir hasta el derecho de pensar i espresar las opiniones.

VIII.

Rodriguez no era partidario de la administracion O'Higgins, vituperaba las contribuciones i empréstitos forzosos que se imponian i tenia la imprudencia, para esa época, de comparar el gobierno de Carrera con el de O'Higgins. «Aquel, decia Rodriguez, gobernó con el pueblo, le daba injerencia en la cosa pública, dictó una Constitucion, creó el Senado, etc., jamás impuso contribucion alguna que no fuese como un castigo a los godos, nunca a los patriotas, i sin embargo, sobraron fondos i se aumentaron las rentas de la Nacion, mientras que hoi se saca el dinero aun a los mismos patriotas, no para invertirlo en las necesidades del pais, sino para remitirlo a la Arjentina, para sostener a nuestros opresores.»

Otra de las cosas que vituperaba Rodriguez, era estar el pais bajo la dominacion del gobierno arjentino, veia el ejército, aun despues de la batalla de Chacabuco i bajo un gobierno nacional, con un jeneral en jefe arjentino, siendo compuesto todo él de chilenos, todos los jefes de cuerpos i aun los segundos eran arjentinos, el auditor de guerra, el jefe de Estado mayor,

el Intendente de ejército i sus proveedores, todos arjentinos, i a todo esto se unia la predileccion i preferencia con que se distinguia al arjentino sobre el chileno, i por último, hasta la enseña gloriosa de la Patria permanecia oculta i nuestro ejército lucia el pabellon arjentino. Justísimas quejas, digna de tan esclarecido patriota, pero su franqueza labró su desgracia personal i cavó su fosa, pasando él a la posteridad con una aureola de virtud patriótica que lo ha hecho con justicia inmortal.

IX.

El siete de Agosto, el Director interino, coronel arjentino don Hilarion de la Quintana, redujo a prision a Rodriguez por sospechas de tramar una conspiracion para elevar al poder a don José Miguel Carrera, proscrito entonces en Montevideo i bajo la proteccion del Baron de la Laguna, jeneral don Federico Lecor.

Coincidiá el arresto de Rodriguez con la prision de don Luis i don Juan José Carrera en Mendoza, i las de don Ignacio de la Carrera, Manuel José Gandarillas, Miguel Ureta, Manuel Jordan, Juan de Dios Martinez, Manuel Lastra i José Conde asistente del jeneral Carrera desde España, los que se decian conspiraban contra el gobierno i a favor del jeneral Carrera.

Del proceso, resultó que la tal conspiracion no existia sino en la mente de los que ocupaban el poder. Tal era el prestigio de los Carrera i Rodriguez, que el gobierno vivia receloso i en todo veia, segun su temor, conspiraciones de los Carrera.

Todo lo que habia acontecido era que los Carrera i algunos de sus parientes que yacian en la miseria en Buenos Aires, buscaban en Chile el amparo de sus familias i sus bienes abandonados.

Algunos de ellos habian llegado a Chile i estableciéndose en sus haciendas, sin que fuese notada su presencia, tal era el ánimo de entregarse al trabajo i al retiro, pero la prision de los hermanos Carrera en Mendoza, sorprendidos en viaje a Chile con el mismo objeto que los anteriores, i a quienes se les queria a toda costa mantener alejados del pais, fué el pretesto para efectuar tantas prisiones.

Quintana lleno de temor, aprisionó a todos los parientes i amigos de los Carrera, en especial a Rodriguez el cual le inspiraba mas sérios temores por su gran popularidad.

El descontento jeneral creado por la administracion Quintana, obligó a O'Higgins a nombrar en su reemplazo una junta de gobierno compuesta de don Francisco Antonio Perez, don Luis de la Cruz i don José Manuel Astorga, los cuales pusieron en libertad a los presos políticos, reconociendo pú-

blicamente la injusticia de su arbitraria prision, i dirijiéndoles oficio en este sentido, para constancia de su inocencia.

No obtuvo igual triunfo la justicia i la inocencia en Mendoza.

Los dos hermanos Carrera permanecieron presos, a pesar de ser reconocida su inculpabilidad.

X.

Sin embargo, Rodriguez era espiado i observado mui de cerca. Para tenerlo aun mas a la vista, San Martin lo nombró auditor de guerra del ejército que reunia en la hacienda de las Tablas cerca de Valparaiso.

Al marchar San Martin con el ejército para el sur, temiendo al ascendiente que Rodriguez habia adquirido sobre las tropas, le ordenó quedarse en Santiago i prepararse a marchar a Buenos Aires en calidad de ajente diplomático.

Esta órden no era sinó una de destierro que se la cubria con el velo del cargo diplomático. Centrariarla no era posible, desde que no habia mas lei que la voluntad de San Martin i O'Higgins i la de la tenebrosa Loja Lautarina de la que eran jefes, Pueyrredon en Buenos Aires, O'Higgins en Chile i Gran Oriente de ámbas, San Martin.

Resignado ya Rodriguez al destierro, no encontrando medio de evitarlo, preparaba su viaje, cuando tuvo lugar la sorpresa de Cancha Rayada.

El coronel don Luis de la Cruz, director interino, poseido del pánico jeneral que se apoderó de los patriotas, empezó por hacer salir los caudales con direccion a Mendoza, reunir las reservas i guarniciones, mandándolas tomar igual direccion, en fin, preparándolo todo para una nueva emigracion a la Arjentina.

Rodriguez se presenta en esos momentos de terror en la plaza pública, perora al pueblo i esclama: «*Aun tenemos patria*, el tímido, el cobarde que huya, pero los hombres de corazon deben quedarse, organizarse i tentar la resistencia, el enemigo aun dista mucho de la capital, los recursos sobran, i Chile exige de sus hijos un nuevo sacrificio, un momento de resolucion i será libre.»

Tal conviccion habia en sus palabras, i tal fè tenia el pueblo en él, que cobró ánimos i ya nadie pensó sino en salvar la patria.

Una reunion de notables acordó en union con el pueblo, asociar a Rodriguez en el mando con el director Cruz.

Rodriguez investido con el cargo de la autoridad, tomó medidas enérgicas, hizo volver los caudales, reunir las milicias, la reserva, i haciendo un llamamiento al pueblo, tuvo tal afluencia de soldados, que formó un cuerpo al que denominó Húsares de la Muerte, dándole por distintivo una calavera i a él mismo por jefe.

Imprimió a todos sus actos un sello tal de firmeza i enerjía i supo comunicar tal confianza al pueblo, que ya nadie pensó en huir, sino en morir en defensa de la patria.

Cuando entraron a la capital, San Martín i O'Higgins, la encontraron convertida en un verdadero campamento militar, recibieron con mucho desagrado la noticia del cargo con que se hallaba investido Rodríguez, i las simpatías que el pueblo le demostraba, pero las difíciles circunstancias los obligaron a disimular.

Veían confirmados sus temores, el pueblo adoraba a Rodríguez i éste podía hacer de él lo que quisiese, era en ese momento el caudillo de mas prestigio, el cual les hacia verdadera sombra.

Ademas, notaron, que el cuerpo de Húzares se componia todo él de carreteros, su segundo i tercer jefe eran Manuel Serrano i Pedro Aldunate, habia oficiales como Jordan, Ureta, Muñoz i Benavente, i soldados que habian combatido en Yerbas Buenas, San Carlos, etc.

Ese cuerpo era un verdadero terror para ellos, era la base que serviria a una próxima revolucion i exaltacion de Carrera al poder, sin embargo, era preciso disimular por el momento, al ménos, así lo comprendieron.

Por el contrario, los húsares no pensaban mas que en la salvacion de la patria i estaban mui léjos de abrigar miras revolucionarias.

Este simpático cuerpo con su jefe a la cabeza, no se encontró en toda la batalla de Maipo, pero sí llegó a tiempo de cortar la retirada al famoso jefe realista Calvo, rodearlo, i despues de una tenaz i heróica resistencia, obligarlo a rendirse con todas sus fuerzas.

Los húsares al mando de su segundo jefe, siguieron al sur en persecucion del enemigo alcanzando hasta Linares, donde recibieron orden de replegarse a Talca, en donde el coronel Zapiola, de orden del Gobierno, lo disolvió.

Rodríguez habia vuelto a Santiago.

XI.

A los pocos dias llegó la noticia del fusilamiento de don Juan José i don Luis de Carrera en Mendoza. Todo el mundo vió en ello un asesinato perpetrado, tanto por el rencor como por el temor que inspiraban tan populares caudillos, temor que se aumentó con la sorpresa de Cancha-Rayada.

Se supo al mismo tiempo que Monteagudo habia formado el proceso i pedido la sentencia de muerte, que dicho Monteagudo habia marchado a Mendoza al dia siguiente de la sorpresa de Cancha-Rayada de orden de San Martín, de quien era secretario, aparte de su cargo de auditor de guerra, se tuvo, por fin, cabal conocimiento del proceso, de la intriga de Luzurriaga para hacerlos aparecer culpables, i dar un velo de justicia al asesinato que meditaban.

Los sucesos se habian desarrollado del modo siguiente: Presos los Carrera desde el dia tres de agosto de 1817, i permaneciendo en este estado durante ocho meses en estrechos e inmundos calabozos, cargados de cadenas i torturados de mil maneras, a pesar de su comprobada inocencia, la cual resultaba claramente del proceso, su carcelero, el gobernador Luzurriaga firme en la consigna que se le habia dado de sacrificarlos; hizo que sus mismos guardianes les hablasen de la posibilidad de fugarse, prestándose ellos a ayudarlos.

Los presos cayeron en el infame lazo que a lo San Bruno se les tendia, pero para poderse fugar i no ser tomados nuevamente era preciso tomarse el cuartel, deponer al gobernador i colocar otro que les fuese adicto. ¡Sueño de prisionero!

El dia designado para el golpe de mano, Luzurriaga se deja caer con tropa armada, hace remachar una nueva barra de grillos a los dos prisioneros i les hace levantar un nuevo sumario que tramitó Monteagudo, terminando la escena con el fusilamiento de esos dos ilustres héroes, el 8 de abril de 1818 a las cinco de la tarde, tres dias despues de la batalla de Maipo i tres horas mas tarde de haber llegado tan infausta noticia a Mendoza, la que se ocultó al público hasta despues de la ejecucion.

El público llamó ese acto por su verdadero nombre, *asesinato*, designando al mismo tiempo a sus autores, pero temeroso callaba, ménos Rodriguez, el que con su entereza i natural enerjía decia la verdad desnuda, clara i en voz alta. Esto exasperó a San Martin i O'Higgins, i esperaron solo un momento mas oportuno para añadir una víctima mas a las ya numerosas que habian hecho.

XII.

Pronto se les presentó la oportunidad.

El pueblo de Santiago cansado de la dictadura, la que no tenia razon de existir despues de la gloriosa batalla de Maipo, exijió de O'Higgins la reunion de un Congreso i miéntras esto tenia lugar, que el Gobierno asociase al Cabildo en calidad de cuerpo consultivo, tal como se habia hecho en los primeros dias de la Patria.

Esta *insolencia*, como la llamaba O'Higgins, la castigó con desterrar a los miembros que fueron comisionados por el pueblo para hacer presente sus justos deseos al déspota Director.

El pueblo reunido en cabildo abierto, habia determinado hacer esa peticion, cansado de sufrir arbitrariedades. Ni las propiedades, ni las personas, tenian seguridad ni garantía alguna, los chilenos no tenian ni siquiera el derecho de espresar sus pensamientos, miéntras éstos no fueran en favor del Director.

Se imponían contribuciones, se confiscaban bienes, se aprisionaba, desterraba i quitaba aun la vida, por la simple infracción de un bando, como sucedió con el inocente español don Manuel Imaz que fué ahorcado en la plaza pública sin formación de causa, i solo por mandato del Director i con la mas reconocida injusticia.

O'Higgins recibió a la comisión no solo con terquedad sino con desprecio, i después de reprimirlos como a esclavos, desterró a don Agustín Vial i a don Juan José Echeverría, miembros que componían la comisión nombrada por el pueblo, en castigo de lo que él llamaba su *insolencia*.

Mandó al mismo tiempo una compañía del batallón Cazadores de los Andes, que prendiese a don Manuel Rodríguez por haberse permitido apoyar la petición del pueblo, el que fué encerrado en un calabozo del cuartel de San Pablo; dedicando a su custodia 25 hombres de dicho batallón a cargo del capitán arjentino don Manuel Zuloaga i del teniente español don Antonio Navarro, con encargo de tenerlo en la mas estricta incomunicación.

Rodríguez pagaría con su vida, la *temeraria osadía* de no ser de la opinión del Director i de atreverse a espresarlo en público, i sobre todo, de ser partidario de los Carreras esos inmortales campeones de la libertad i celosos defensores de los derechos del pueblo.

Perplejo permaneció O'Higgins sobre el modo de concluir con Rodríguez, hacerle levantar un sumario habria sido inútil, ¿pues de qué se le acusaría? ¿qué crimen habia cometido o qué crimen podia imputársele? ¿ser contrario a la administración? ¿ser partidario de un gobierno constitucional i trabajar por la reunión de un Congreso que dictase las leyes por que debia rejirse el país? ese no era crimen, sino por el contrario una virtud. Un millón de ciudadanos trabajaban ya ocho años por obtener la libertad i solo habian logrado cambiar de amos, era preciso, ya que se podían considerar independientes, ya que se habia proclamado la independencia oficialmente en toda la República i fuera de ella, constituirse como hombres libres i dictar las leyes que debían rejir la naciente república. Lo contrario era dar un mentís al mundo entero, i declarar que la independencia no tenia otro fin, que miras i ambiciones particulares, i que los chilenos eran hombres serviles que doblaban la cerviz ante el primer déspota que lograra escalar el poder.

Luego ¿de qué podia acusarse a Rodríguez? de nada; i así lo comprendía O'Higgins, pero acceder a los deseos del pueblo tampoco le era permitido, pues la creación del Congreso Constituyente, habria sido la disolución de ese otro congreso tenebroso que en la oscuridad rejía los destinos del país llamado Lójiá Lautarina, de la que su jefe, el jefe del Estado, no era sino un débil instrumento.

No le quedaba a O'Higgins otro partido que optar por el camino mas corto, el asesinato; con él se libraba de un enemigo audaz i popular, por lo tanto, temible, i por otra parte, lograba segun su modo de pensar por medio del

terror cimentar mejor su poder, apoyado como estaba por un ejército mandado por arjentinos, a cuya política convenia estuviera O'Higgins en el poder.

XIII.

Despues de un mes de prision, el batallon Cazadores de los Andes recibió orden de marchar a Quillota llevando consigo a Rodriguez, el que debia ser juzgado en ese pueblo por un consejo de guerra como perturbador del orden público.

El batallon debia marchar el 24 de Mayo.

El dia 20 en la noche fué llamado el capitan Zuloaga encargado de su custodia por el Director, el que despues de mil promesas i de demostrarle lo peligroso que era para el pais un hombre tan revoltoso como Rodriguez, el cual era necesario que desapareciese, le pidió se hiciese cargo de esa comision, cosa que le seria mui fácil en el trayecto de Santiago a Quillota.

Zuloaga rehusó aceptar tan deshonroso encargo, prometiendo al mismo tiempo guardar el secreto.

En la noche del siguiente dia, el comandante del cuerpo, teniente coronel arjentino don Rudecindo Alvarado, llevó ante el Director O'Higgins al teniente Navarro.

Encontrábase el Director acompañado del jeneral arjentino don Antonio Balcarce i del tambien arjentino auditor de guerra, Bernardo Monteagudo, recién llegado de Mendoza a donde habia ido, como hemos visto, con la misión de terminar con la vida de los ilustres hermanos Carrera.

O'Higgins habló a Navarro de la necesidad de poner atajo a los desmanes de Rodriguez, que la tranquilidad pública, el bien del pais, exijia la desaparicion de ese ciudadano, que se habian fijado en él para que llevase a efecto ese acto necesario al pais, para lo que se presentaba una magnífica oportunidad en el viaje de su batallon.

A pesar de las ofertas de O'Higgins i de las palabras persuasivas de Monteagudo, Navarro pidió veinticuatro horas para resolverse.

Al dia siguiente, llama Navarro al capitan de su mismo cuerpo, don Manuel José Benavente para comunicarle un asunto delicado i de gran interés. Ambos eran amigos, i en esta confianza, Navarro refirió a Benavente todo lo que le habia ocurrido en casa del Director, que él desechara tal comision, pues su honor así lo exijia, pero que siendo español, sin reputacion alguna adquirida, sin amigos i sin tener apoyo alguno, temia la venganza de O'Higgins para ocultar el secreto, i así no sabia qué hacer.

Benavente, temiendo que esto fuese una celada que le armaban, por ser mirado con recelo a consecuencia de ser él i toda su familia afecta a los Ca-

rrera, se contentó con decirle: «*Imite Ud. a Zuloaga; rehuse como él.* Insistiendo Navarro en hacerle reflexiones i pedirle consejo: *Ud. sabrá entónces lo que hace,* le dijo Benavente, i le volvió la espalda, indeciso sobre si aquello seria un embuste o una realidad» (1).

Navarro contestó esa misma noche, accediendo a servir de instrumento de la venganza que queria ejercer O'Higgins, es decir, contestó que aceptaba cambiar su buen nombre por el de vil asesino i ajente de venganzas ajenas.

XIV.

El batallon se puso en marcha en la madrugada del 24 de Mayo llevando a Rodriguez escoltado por los mismos 25 hombres que lo custodiaban en el cuartel, bajo las órdenes de Zuloaga i Navarro. Estos caminaban a cierta distancia del batallon.

El capitan Benavente acercándose a Rodriguez i a Navarro que marchaban juntos, les ofreció un cigarro. En el de aquel, iban las siguientes palabras: *Huya Ud., que le conviene* (2), palabras que leyó Rodriguez con sorpresa i Navarro con rabia, arrebatándole el cigarro pero tarde, ya habia sido leído por Rodriguez.

Éste llamó aparte a Navarro i le pidió le revelase lo que sabia respecto de lo que se intentaba contra él, que le pedia este servicio como hombre de honor i como amigo, que si habia alguna orden fatal lo dejase huir o huyesen los dos, que no temiese por su suerte, pues él le daría una fortuna con la que podria vivir holgadamente en cualquier punto en que él fijase su residencia, haciendo al mismo tiempo una obra digna del mayor encomio.

Navarro trató de disuadirlo de su temor i hacerle ver que nada habia, que no temiese absolutamente nada, pero Rodriguez conoció que no habia franqueza en las palabras de su guardian, i no podia ser de otro modo, el remordimiento del asesino sale a los ojos i el desasosiego del que prepara un crimen, es fácil sea conocido por un hombre perspicaz como lo era Rodriguez.

El audaz montonero, el hombre que habia sublevado el pais entero en contra de Marcó del Pont, el hombre que habia hecho de los campesinos terribles soldados, que atraía con su palabra i su fisonomía, no pudo en esos momentos supremos, sobornar un oficial, ni aun un sarjento—estaban decretados sus destinos.

El valiente Rodriguez, el heróico montonero se anonadó, no temió la muerte en el campo de batalla, pero sí la temió al puñal del asesino, i taciturno i triste seguia la pesada marcha del batallon.

(1) Amunátegui.—*Dic. de O'Higgins*, p. 255 i G. Matta *Biografía de Rodriguez*.

(2) Amunátegui.—*Dic. de O'Higgins*, p. 255.

El día 26 el comandante Alvarado dió la orden al capitán Zuloaga de incorporarse a su compañía, dejando la custodia del reo confiada a Navarro. Esta medida confirmó en sus temores a Rodríguez, quien trató de sacar algo de Navarro, pero éste quiso tranquilizarlo con palabras que dejaron en Rodríguez la seguridad del crimen que se premeditaba. Súplicas, promesas, todo fué en vano, el asesino no se conmovió; había resuelto cumplir tan vil encargo i su corazón se había cerrado para dar entrada a ningún sentimiento noble.

En la tarde se alojó el batallón en las casas de la hacienda de Polpaico, i Navarro con Rodríguez i la escolta, en las casas del despacho de la misma hacienda.

A las oraciones, después de haber comido i de haber hecho beber a Rodríguez, Navarro lo invitó a hacer unas visitas a la vecindad, a lo que se negó, tanto porque su espíritu no se encontraba dispuesto, como que Rodríguez, ese hombre vivo, travieso i arrojado, era por excelencia moral i enemigo de esa clase de visitas a que era invitado.

Sin embargo, accediendo al fin, a las instancias de su guardian, salieron juntos i solos en dirección a Tiltil.

En el camino, el vil asesino, sacando repentinamente una pistola la descargó sobre la parte superior del costado derecho de Rodríguez, i como aun quedase con vida, el cabo Agüero, i los soldados Parra i Gomez apostados con anticipación en el camino por donde debían pasar, acabaron de ultimar a la ilustre víctima, al héroe de Colchagua, al intrépido montonero, al libertador de Chile después de Cancha-Rayada, al más desinteresado i valiente patriota, al que sin él, no habría obtenido Chile las gloriosas victorias de Chacabuco i de Maipo, ni O'Higgins, la representación de esas glorias.

Así murió por traidora mano, el héroe legendario de la Patria, víctima de la envidia de mandones sin pudor, i de las bastardas ambiciones de hombres más bastardos todavía.

El asesino Navarro para ocultar su crimen, dijo haber Rodríguez arremetido contra él para fugarse, por lo que había tenido en defensa propia que hacer uso de sus pistolas: mas, la oficialidad toda, lo declaró su asesino.

El comandante Alvarado redujo a prisión a Navarro para salvar las apariencias, levantó un sumario i lo remitió al Director con el capitán don Santiago Lindsay.

El valiente Lindsay, militar de mérito i sobre todo de honor, marchó en desempeño de su comisión con la celeridad que la gravedad del caso requería, llegando a palacio en unas cuantas horas, presentándose al Director inmediatamente.

O'Higgins, leyó los pliegos con tanta sangre fría, como si se tratase de un asunto el más insignificante, ni pidió un detalle, ni hizo la más ligera pregunta al oficial conductor del sumario.

Este, convencido de la culpabilidad de O'Higgins, lo señaló como el asesino de Rodriguez i así lo manifestó a sus amigos.

«Este bravo oficial partió a escape para la capital. Fué a desmontarse a la puerta misma de palacio, i exigió que le condujesen a O'Higgins todo cubierto de polvo como estaba.»

«Lindsay venia palpitante de emocion. Aquel acontecimiento desastroso habia conmovido profundamente tanto a él como a sus camaradas. Esperaba que hiciera una impresion no ménos fuerte en el ánimo de O'Higgins. Mas, éste leyó el pliego de Alvarado, i permaneció impassible. No se reveló ni en su semblante ni en su apostura la menor sorpresa. No preguntó un solo detalle, no pidió una sola esplicacion sobre un hecho, que, fuese como fuera, debia comprometerle tan seriamente a los ojos del público. *Capitan, ¿cuándo piensa Ud. regresar al batallon?* fué la única interrogacion que dirigió a Lindsay» (1).

El público, juez recto i severo, desde el momento que se esparció la noticia, señaló a O'Higgins como asesino de Rodriguez, i mas tarde la severa historia en posesion de los datos i del sumario levantado, confirmó la opinion del público.

Navarro, despues de una prision de poco mas de un mes, fué mandado con grandes recomendaciones al ejército de Belgrano donde fué ascendido a sarjento mayor, i los soldados Gómez, Agüero i Parra, pasaron al ejército de Tucuman con el grado de sarjentos.

El capitan Benavente fué desterrado a la Arjentina i dado de baja en el ejército, por haber dado aviso a Rodriguez del peligro que corria su persona.

Este era el modo de gobernar en Chile: el terror—¿por medio de él queria cimentarse la dictadura i por medio de él queria implantarse el sistema republicano i hacer odiosa la dominacion española.?

XV.

Marcó del Pont, no fué mas tirano.

Si Marcó del Pont estableció el tribunal de vijilancia, O'Higgins estableció el tribunal de *calificacion*; si Marcó suprimió la libertad de reunion, O'Higgins hizo igual cosa i aun le superó, condenando a muerte al español o chileno afecto a la monarquía que se encontrase por las calles pasado las oraciones;—si Marcó impuso contribuciones, O'Higgins i Quintana las impusieron en la misma forma i con la misma injusticia;—si Marcó llenó las prisiones i desterró gran número de patriotas, O'Higgins e igualmente Quintana, llenó las cárceles i destinó al destierro no solo a gran número de realistas, sino tambien a esclarecidos patriotas, tales como el mui ilustre jeneral

(1) Amunátegui.—*Dic. de O'Higgins*, páj. 259.

Blanco Encalada, obispo Rodriguez i muchos otros;—si Marcó hizo ahorcar a Traslaviña en la plaza pública, ¿no hizo igual cosa O'Higgins con el inofensivo e inocente Imaz?—Si Marcó tuvo un San Bruno i un Villalobos, ¿no tuvo O'Higgins i San Martin un Luzurriaga, un Dupuy i un Monteagudo?—Con la diferencia, aun, que Marcó era el representante de la dominación española, mientras que O'Higgins era el representante de la *Libertad*.

Para vergüenza de nuestra querida patria, no terminó con el benemérito, Rodriguez, esa era de crueldad i de oprobio.

Si la muerte de Rodriguez, de los Carreras, de Imaz, obedecía según esos tiranos a razones de Estado, el asesinato del gran patricio don Ignacio de la Carrera, ¿a qué razón de Estado obedecía?

XVI.

El brigadier don Ignacio de la Carrera, padre de los tres ilustres mártires de la patria, que había sido miembro de la primera junta gubernativa de 1810, presidente en 1812, anciano de 86 años, pacífico i bondadoso, residía en su hacienda de San Miguel alejado de la política, llorando el aislamiento a que lo tenía reducido la persecución que se hacía a su familia, rodeado solo de algunos amigos i fieles servidores quienes habían tenido especial cuidado de ocultarle el trágico fin de sus hijos, cuando el 24 de Mayo antevíspera del asesinato del heroico Rodriguez, se presenta en las casas de su hacienda don José Gregorio Argomedo con una orden firmada por el Director don Bernardo O'Higgins, en la cual se le ordenaba pagar la cantidad ¡de ciento noventa i cinco pesos dos reales! gastados en el proceso i ejecución de sus hijos don Juan José i don Luis Carrera.

Tan terrible golpe fué superior a la entereza de ánimo del ilustre octojenario, el cual desmayado, fué llevado a la vista de su verdugo, al lecho de muerte.

A tan inmerecido cuanto criminal asesinato se siguió el de los hermanos Prietos, el de Bueras i el del mas ilustre de los caudillos de la revolución don José Miguel de Carrera.

Pobre patria, la mas pura i la mas noble de las americanas, tambien has tenido desvíos que llorar, causados por algunos de tus hijos, tú has tenido un O'Higgins como la Argentina tuvo un Artigas i un Rosas, como Bolivia un Melgarejo i Venezuela un Blanco.

¡Que la sangre de Rodriguez i de los Carrera sea la última que lllore Chile por extravío de sus hijos, que la libertad en su mas alto grado sea el producto cosechado por medio de esa sangre fecunda i jenerosa.!

XVII.

Chile poco tiempo despues, despertando del letargo en que yacía, se levantó como un solo hombre desde Chiloé a Atacama, en contra de su Dictador, el que viéndose abandonado hasta del último soldado, los cuales ya no eran mandados por arjentinos, tuvo que resignarse a deponer el mando supremo en manos de un pueblo jeneroso, que respetó su persona en premio de sus servicios, i le destinó al destierro en castigo de sus crímenes.

XVIII.

Don Cárlos Rodriguez, hermano de la ilustre víctima, siguió a O'Higgins al Perú i allí lo llamó al campo del honor a darle estrecha cuenta por el asesinato de su hermano.

O'Higgins, el valiente militar que jamás tembló ante el enemigo, no tuvo valor para presentarse ante el hermano de su víctima, no se atrevió a levantar su vista ante él, sostener su mirada, ni sostener su pulso firme para batiarse.

No era ya O'Higgins el héroe chileno, era solo el reo que no se atrevia a presentarse ante su acusador.

Rodriguez le gritó públicamente *asesino*, i a este tremendo insulto para un hombre de honor, O'Higgins contestó con una acusacion judicial, en la cual hubo lugar a confirmar mas el hecho, i aun el mismo apoderado que trató de vindicar su conducta, no hizo mas que evidenciar el crimen.

La república chilena justiciera i jenerosa, reconoce los servicios de O'Higgins, compadece sus errores i proclama al inmortal Manuel Rodriguez como uno de sus mas ilustres campeones.

El pueblo venera la memoria de tan ilustre personaje, i como un castigo para sus asesinos, una enseñanza para la posteridad, i un premio para la memoria de la víctima, erijió en Tiltil, en el sitio mismo en que fué asesinado Manuel Rodriguez, un monumento que recuerde tan infausto acontecimiento, tan criminal atentado i perpetúe su gloria.

Hoi hacen 101 años a que vino al mundo este hombre excepcional por sus talentos i por sus virtudes, una de las glorias mas puras del país i de América, i 68 años a que el puñal homicida traidoramente tronchara la existencia de tan útil como eminente ciudadano.

Manuel Rodriguez es el tipo del republicano demócrata, sus asesinos, tipos del tirano.

Que el inmortal Manuel Rodriguez sirva de ejemplo a gobernantes i gobernados.

Para aquellos, que sea su enseña el respeto a la lei, cuyos atropellos torna fácilmente en déspotas; i para éstos, la entereza, enerjía i rara franqueza de nuestro héroe para defender sus derechos, dentro de la razon, dentro de la lei.

Santiago, febrero 25 de 1886.

AMBROSIO VALDÉS.

